

PRÓLOGO

Primavera de 1875

Aquél no era el tipo de mujer en quien solía fijarse; era más probable que la mirada de Ethan Stone se posara en una mujer de sonrisa rápida y fácil, que tuviera, además, cierta cualidad tentadora en los ojos... Y en aquella mujer no había ni rastro de tal cualidad. Para empezar, estaba seria; el peso de sus pensamientos había reducido su boca casi a una línea, y entre sus cejas había una pequeña arruga. Ethan no consiguió averiguar el color de sus ojos, empujados en un gesto de grave atención y concentrados en algún lugar situado tras él. Si se desplazara un poco a la izquierda, sus ojos toparían con él. Sin dejar de apoyarse en la mesa, Ethan cambió de postura y trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. El ligero movimiento no la distrajo, de modo que, sin prisas, prosiguió su valoración.

El objeto de su examen lo intrigaba de un modo nada halagador para ella. Llevaba unos lentes con montura de oro, en la punta de la nariz. Ethan no veía a muchas mujeres con gafas, así que eso la convertía en una rareza. El modo en que se sostenían en la nariz indicaba que sólo las necesitaba para leer y escribir; y a juzgar por cómo miraba por encima de la fina montura, no las precisaba para pensar. Tenía la piel pálida y el cutis suave, algo que quizá fuera su mejor baza. Podría haberlo sido su cabello, pero era

un nido de lápices: Ethan contó tres. Lápices al margen, el cabello era magnífico, aunque le pareció que aquella mujer había hecho todo lo posible para que no lo fuera. El que no hubiese acabado de lograrlo le dio a entender que era su única vanidad. Se había esforzado por peinarlo hacia atrás, ajustado sin piedad a la forma de la cabeza; pero el orgullo o la cordura habían impedido que cometiese tal crueldad consigo misma y con quienes la mirasen. En lugar de estar pegado al cráneo, su cabello formaba una suave bruma luminosa y cobriza, un marco que le encuadraba el rostro. Por casualidad, o a propósito, unas hebras de pelo, finas y rizadas, se habían escapado del moño y le rozaban delicadamente la frente y las mejillas, lanzando destellos en aquella sala alumbrada por lámparas de gas. La apariencia lustrosa de su cabello no se compadecía con la blusa formal, blanca y almidonada, que llevaba, con su falda negra, igual de tiesa, y con el gesto serio, tenso y severo de su boca. Y aunque aquella boca lo repelía, el cabello lo atraía mucho.

Divertido, Ethan esbozó una sonrisa al ver que la mujer tanteaba con gesto distraído el escritorio, un montón de papeles, varios libros y un cuaderno con tapas de piel, y que luego toqueteaba media docena de páginas sueltas que había sobre la mesa. Incapaz de encontrar lo que buscaba, la fina línea de su boca se torció a un lado en un gesto de disgusto y sus hombros se levantaron en un suspiro silencioso e impaciente. Entonces, de mala gana, la mujer apartó la vista del punto situado más allá del hombro de Ethan y empezó a buscar en serio: levantó los libros y el cuaderno, y examinó el montón de papeles. Luego se subió los lentes por el caballete de su delicada nariz y repitió la búsqueda, esta vez de forma más metódica. Cuando parecía estar a punto de rendirse, se reclinó en el respaldo de la silla. La blanca blusa almidonada perdió parte de su rigidez. En ese momento apoyó la mejilla en la palma de la

mano, y sus dedos tocaron uno de los lápices que llevaba en el pelo.

La boca de Ethan dibujó un cambio mínimo; suficiente, sin embargo, para sustituir el gesto divertido por otro de burla. Y es que la mujer se arrancó el lápiz del pelo, pero en lugar de llevarlo al papel, lo tomó como si fuera un cigarrillo, se metió el cabo entre los labios e inhaló como si fumara. Ethan negó con la cabeza, sin acabar de dar crédito a lo que veía. No conocía a ninguna mujer que fumara; bueno, excepto Caroline Henry, que trabajaba en un saloon. Una vez acabado su trabajo, ella a lo mejor fumaba en la intimidad de su dormitorio, por lo común después de haber estado ocupada en tareas bastante enérgicas... Pero siempre pedía permiso. Sus pensamientos regresaron hasta la mujer que se encontraba al otro lado de la sala de redacción. No daba la impresión de que le pidiera a nadie nada. Intentó imaginársela en la cama..., y no consiguió ir más allá del camafeo que cerraba el cuello de su blanca y almidonada blusa. La idea de levantar aquella rígida falda negra le resultó poco atractiva, amén de que seguramente sería imposible.

La mujer se sacó el lápiz de la boca, suspiró y se inclinó hacia el escritorio. Después golpeó rítmicamente con el lápiz en uno de los libros, con un repiqueteo que seguía el compás de su pie izquierdo. Luego bajó la cabeza hacia su tarea, y los lentes se le deslizaron poco a poco por su pequeña nariz. Lo cierto era que a ella parecía darle igual dónde se situaran. Y entonces empezó a escribir: su mano casi voló por el papel en un intento de ajustarse al ritmo de sus pensamientos.

Los ojos entre azules y grises de Ethan se centraron de nuevo en la coronilla de aquel hermoso cabello caoba. Los dos lápices que quedaban eran una molestia, pero se negó a que le fastidiaran el placer de contemplarlo. Después de todo, fue el pelo lo que primero le llamó la atención; eso y

el hecho de que fuera la única mujer en una sala donde había dos docenas de hombres.

Le parecía lógico que en una ciudad del tamaño de Nueva York hubiera mujeres que trabajasen fuera de sus hogares. Estaba acostumbrado a verlas en los saloons, en los salones de baile, actuando en el escenario e incluso al frente de un hotel. De vez en cuando, alguna mujer hasta ayudaba a su marido a llevar una tienda o daba clases en una escuela. Desde que llegó al este, Ethan había visto a jóvenes que trabajaban como oficinistas en grandes almacenes, que eran profesoras en una universidad privada e incluso médicos en algún hospital. Así pues, no debía sorprenderlo que el *Chronicle* contase con una solitaria hembra entre su personal administrativo..., que, probablemente, empleaba su hora para comer en fumarse un cigarrillo a escondidas. Le pareció bien hallarse frente a frente con la visión de una mujer moderna y urbana: era la confirmación definitiva de que su sitio no estaba en Nueva York. Ethan tenía treinta años, había nacido en Nevada, se había criado un poco por todas partes y, salvo cuando estudió en Pensilvania y cinco años en el sur, durante la guerra, rara vez había ido más al este del Mississippi. Estaba listo para regresar a casa.

—Ya puede pasar, señor Stone.

Aunque oyó la voz, en aquel momento no entendió las palabras. La verdad era que el cabello de aquella mujer era espléndido. Se preguntó cuántos años tendría: ¿veintitrés, veinticuatro?... A pesar de su aire serio, no parecía rebasar esa edad. En tono ausente, murmuró:

—¿Mmm?

De pie ante la mesa, el secretario carraspeó.

—Por aquí, señor Stone. El señor Franklin y el señor Rivington han entrado ya. El señor Marshall es un hombre ocupado, y me parece que ya va con retraso.

Ethan hacía muy pocas cosas con prisas; sacar un arma y juzgar el carácter de una persona eran tal vez las dos úni-

cas excepciones. Creía que todo lo demás podía esperar, y eso incluía al editor del *New York Chronicle* y a los hombres que habían insistido en que asistiera a aquella reunión. Se puso en pie despacio, al tiempo que brindaba al eficiente y sensato secretario una sonrisa en la que no había ni rastro de disculpa. Mientras volvía su ágil cuerpo hacia la puerta del editor, dijo con un leve regodeo:

—No faltaría más; hay que cumplir los horarios.

La verdad era que no veía la hora de tomar un tren en dirección al oeste.

Mary Michael Dennehy salió de su trance justo cuando Ethan se alejaba. Torció la cabeza y de un vistazo abarcó su recio perfil. Se detuvo en su espalda. Sus ojos se demoraron un momento en él y luego regresaron al trabajo. Al oír cerrarse la puerta del despacho de Logan Marshall, soltó el lápiz, estiró los brazos sobre la cabeza y dio un suspiro. Después, sobre el estrépito de la sala de redacción, alzó la voz para que la oyera el secretario de Logan Marshall:

—Supongo que ese hombre acaba de echarme de mi cita de la una y media.

Samuel Carson alzó tres dedos y agitó la mano para indicar el número de visitantes:

—Hombres. Ése en concreto era un marshal.

Mary Michael pareció sorprenderse: «¿Un Marshall?» El editor tenía un hermano mayor que ya iba mucho con el periódico, pero no sabía que tuviera más parientes. ¿Qué se podía hacer contra el nepotismo...?

—Y además, señorita Dennehy, usted no tenía una cita —remachó Samuel Carson.

Mary Michael sonrió, y a ambos lados de su boca, grande y vistosa, aparecieron sendos hoyuelos. Eso sí que habría cautivado la atención de Ethan Stone; de hecho, hizo que a Samuel Carson se le subieran los colores, empezando justo por debajo del rígido cuello de su camisa, hasta que toda su cara estuvo encendida. Al sentir el rubor, Car-

son se recordó a sí mismo que era un hombre casado y con cuatro hijos, y regresó al trabajo.

Sin darse cuenta del efecto que su sonrisa había provocado en él, Mary Michael terminó de desprezarse y volvió a su postura inclinada sobre el pupitre; eso hizo que de la densa cabellera se soltara un lápiz, que cayó sobre el papel que tenía delante. La esplendorosa sonrisa se convirtió en una rápida mueca de desaprobación hacia sí misma, mientras se buscaba por el pelo el último lápiz que le quedaba en el moño. Una vez encontrado, lo observó un instante, se encogió de hombros y luego se lo metió detrás de la oreja por si lo necesitaba más tarde. Que lo necesitaría.

Mary Michael echó a un lado el lápiz que estaba sobre los papeles y siguió trabajando. Volvió a aparecer la misma arruguita entre sus cejas, y su boca se plegó en un gesto de concentración. Escribió con energía, como si no hubiera habido interrupción; en realidad, la charla con Samuel ya estaba olvidada, y toda su atención se volcó en la tarea que tenía delante.

Tardó sus buenos treinta minutos en acabar; para entonces tenía el cuello rígido y la mano acalambrada. Levantó la cabeza y la inclinó a la derecha y luego hacia la izquierda, adelante y hacia atrás. Después liberó los dedos del lápiz y sacudió la mano, sintió el hormigueo de la sangre al circular. Luego se quitó los lentes, plegó las patillas con cuidado y los puso encima del trabajo recién terminado; con gesto distraído, cerró los ojos y se frotó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice. Por último se estiró en la silla, se recostó en el respaldo y extendió las piernas debajo de la mesa.

En ese momento, Fred Vollrath le dejó caer un montón de cartas sobre la mesa; la columna de papel se mantuvo en equilibrio inestable durante un segundo y luego se vino abajo en una avalancha silenciosa.

—Nada de descanso, señorita Dennehy —dijo—. Éstas acaban de llegar para usted.

Mary Michael abrió un ojo y vio la avalancha de cartas y luego se encaró con la mirada franca del redactor en jefe:

—No hablará en serio, señor Vollrath... —Pero vio que era así. Entonces abrió también el otro ojo y abandonó su postura relajada—. No puedo contestar de ninguna manera...

—¿Que no puede? Debo de haber entendido mal. No habrá dicho usted: «no puedo», ¿verdad?

Al entrar en el *Chronicle*, ella sabía que las cosas serían así; lo sabía y lo aceptó... Pero al cabo de casi quince meses, apenas notaba que hubieran disminuido la tensión y los apuros. En el periódico esperaban que renunciaría al cabo de una semana; el plazo se extendió luego a un mes, a dos, más tarde a seis... Cuando pasado un año seguía allí, muchos de sus colegas pensaron que lo hacía sólo para fastidiarlos. Mary Michael sabía que en el edificio corría una apuesta para decidir cuánto tiempo iba a resistir; en realidad, llevaba allí tanto que un día el ingenuo chico de los recados, que era quien se encargaba de la colecta, se despistó y le pidió que apostara por una fecha. Y ella lo hizo; para asombro general, le dio dos monedas de veinticinco centavos y dijo:

—Para cuando se hiele el Infierno.

Al día siguiente encontró que alguien le había puesto sobre la mesa un bloque de hielo con la palabra «Infierno» tallada en él; Mary Michael dejó que se derritiera. Sin saberlo, aquel día se ganó cierto respeto, aunque concedido a regañadientes. Pero como seguía con la guardia levantada, no se percató de que la tensión se relajaba a su alrededor.

—No, señor —contestó en voz baja—. Lo haré antes de marcharme esta noche.

Las tupidas cejas de Fred se alzaron.

—Todo el montón no, Dennehy, yo no he dicho que tenga que hacerlo todo. Eso lo ha deducido usted.

Mientras el redactor se alejaba, Mary Michael hizo una mueca; se dio cuenta de que llevaba razón. Siempre creía que debía hacer más, ser mejor, demostrar algo... Entonces, para sí, dijo:

—Es que estaba trabajando en otra cosa...

Vio que el redactor de noticias locales se detenía como si la hubiera oído murmurar, que vacilaba al verla contener el aliento y que después continuaba su camino. Entonces soltó un resoplido de desánimo y, con el abrecartas, abrió un sobre al azar; comenzó a leer y al cabo de unos minutos empezó a escribir. Su propia tarea había quedado postergada.

Eran las cuatro y media cuando alzó la vista para mirar el reloj. El montón de correspondencia se había reducido un poco: había contestado una docena de cartas. No sintió mucha satisfacción, en particular al echar un vistazo a su alrededor y ver que los demás ocupantes de la sala de redacción se afanaban con encargos importantes. Sin embargo, lo que sí le resultó satisfactorio fue ver que Samuel Carson no se encontraba en su lugar y que, por tanto, la ruta hasta el despacho de Logan Marshall había quedado libre.

Para tranquilizarse, Mary Michael respiró hondo; aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para acorrular al editor. Lo veía casi todos los días, pero no había muchas oportunidades de hablar con él, y lo que deseaba comentarle no podía exponerse en la sala de redacción, grande como una cueva, donde la voz llegaba a todos los rincones. Porque, aunque parecía que los compañeros andaban metidos en sus propios asuntos, si se dejaba caer algún sabroso cotilleo, éste se extendía con la fuerza caprichosa de un incendio descontrolado.

Mary Michael se metió las patillas de las gafas en el pelo, con lo que la montura le quedó sobre la frente. Luego recogió su cuaderno de tapas de piel, añadió los papeles en los que había estado trabajando antes y se puso de pie. Una

vez tomada su decisión, no titubeó hasta que su mano agarró el pomo de la puerta del despacho de Marshall. Desde la entrada de la sala de redacción oyó a Samuel aullar:

—¡No puede entrar ahí! ¡Todavía está...!

Pero Mary Michael inspiró hondo en el mismo instante en que hizo girar el picaporte y entró en el *sancta sanctorum* del *Chronicle*. Luego se apresuró a cerrar la puerta tras de sí y se dirigió con paso resuelto hacia la mesa del editor.

A un observador imparcial, el despacho de Logan Marshall le parecería un homenaje al caos. A ambos lados de la habitación, unas estanterías que llegaban hasta el techo se combaban bajo el peso de los expedientes, la correspondencia, los periódicos y los libros. Equipos de fotografía, sin usar durante varios años y en su mayor parte anticuados, se apoyaban en una esquina, con alguna que otra telaraña. La mesa del editor estaba llena del papeleo financiero más reciente, notas de contables y minutas de abogados. En un borde, una pila de cajas de madera servía para depositar los asuntos que llegaban y los que salían; todas estaban a rebosar con cuestiones que requerían la urgente atención de Marshall.

Logan Marshall se encontraba en su salsa en medio de aquel caos; pero en realidad, no era tal caos ni para él ni para los demás empleados del *Chronicle*. Mary Michael lo había visto localizar un dato concreto en cuestión de segundos, para pasmo de visitas y reporteros novatos, y Samuel Carson tenía garantizado su cargo de secretario siempre que no tocara nada de lo que había dentro de aquel despacho.

Cuando Mary Michael entró, el sillón de Marshall estaba girado hacia las ventanas que éste tenía tras la mesa. Su barbilla descansaba en las puntas de los dedos, y sus manos estaban unidas en actitud de intensa concentración, o de plegaria. Mary Michael confió en que se tratara de lo primero; necesitaba todas las plegarias para sí misma. Al ver-

se interrumpido, Logan hizo girar el sillón, al tiempo que sus oscuras cejas se alzaban en gesto interrogante; era un hombre guapo, treintañero, de marcadas facciones y unos ojos oscuros que siempre estaban calculando. Mary Michael tomó por una señal favorable el que no pareciera enfadado, sino, sencillamente, divertido.

—¿Desea algo, señorita Dennehy?

Así que sabía su nombre... A veces se lo había preguntado. Después de contratarla, pensó que se habría olvidado de su existencia; y es que, salvo por el saludo de rigor que dedicaba a todo el que se cruzase con él cuando iba a su despacho, nunca pareció fijarse en ella. Mary Michael tragó con dificultad: la lengua se le había adherido al paladar. En cualquier momento, pensó, Samuel Carson la interrumpiría para disculparse por haber dejado que entrara.

—Es por el caso judicial de Harrison, que se ve la semana que viene —dijo—. En el que Sarah Harrison mató de un tiro a su...

Marshall levantó la cabeza, y con un breve gesto de la mano indicó que podía saltarse aquello y pasar a su petición.

—Estoy al tanto del asunto. Desde el principio se le adjudicó a William Pearson.

—Sí, señor, pero el señor Pearson no ha venido estos últimos cuatro días porque está enfermo, y no parece que vaya a darle tiempo a recuperarse para...

De nuevo la interrumpieron; esta vez fue el gesto de Marshall a su secretario, cuando éste abrió la puerta, indicándole que saliera. Por primera vez desde que había irrumpido en el despacho, Mary Michael creyó que tendría una posibilidad de conseguir lo que deseaba. Acababa de abrir la boca para presentar su caso, cuando Logan se arrellanó en el sillón y anunció que la historia que ella deseaba cubrir se había adjudicado a Adam Cushing en el reparto la mañana. Decepcionada, pero intentando que no se le notara, insistió:

—Ya he estado trabajando en ciertos antecedentes, señor. Un aspecto que el señor Pearson ignoraba y que estoy segura de que el señor Cushing no conoce.

Bruscamente, Logan preguntó:

—¿Y con qué autorización?

Eso hizo que Mary Michael se detuviera; titubeó un segundo de más, y de nuevo le repitieron la pregunta en tono enérgico. Con gesto tenso, sintiendo que el calor le subía por las mejillas, trató de no ceder terreno.

—Con la mía propia.

Logan señaló el cuaderno que mantenía agarrado ante sí, como un escudo.

—¿Son ésas sus notas?

Mary Michael asintió. El editor extendió la mano, y ella se las pasó; después se quedó clavada en el suelo mientras él las hojeaba. Observó cada matiz de expresión en el impenetrable rostro de Marshall; no advirtió sino un mínimo destello de interés, pero aquello fue suficiente para darle nuevas esperanzas. Al fin, se las devolvió diciendo:

—Están bien.

Marshall vio el brillo fugaz de sus ojos, el inicio de una sonrisa que podría haberlo vencido, pese a estar casado con una de las mujeres más hermosas de Nueva York... Y la aplastó a propósito.

—Déselas a Vollrath. Si a él le gustan, se las dará a Cushing para que las use en su cobertura del juicio.

—Pero yo...

Con voz suave, Logan repitió, cortando toda discusión:

—Déselas a Fred. Si desea que le encarguen algo, señorita Dennehy, vaya al redactor en jefe, como todo el mundo. No pase por encima de él viniendo a verme a mí. Si usted escribe sobre una noticia sin autorización, ha de entregárselo a alguien con más experiencia, que trabaje en los de tribunales. Ésas son las reglas, y yo las hago cumplir.

Los dedos de Mary Michael se aferraron con fuerza al cuaderno, pero encajó la reprimenda, sabiendo que estaba bien fundada. Se había arriesgado y había perdido; incluso era posible que hubiera cedido terreno para regresar a donde estaba meses atrás... Porque el redactor en jefe se quedaría lívido al descubrir que había acudido directamente a Marshall en busca de un encargo. Retrocedió un paso, dispuesta a salir huyendo cuando dijera que podía irse, pero el editor prosiguió con tono de desenfado:

—Otra cosa que quizá le convenga tener en cuenta es el ritual civilizado de llamar antes de entrar..., o antes de sor-tear a mi secretario. De ese modo, señorita Dennehy, no entrará en mi despacho cuando estoy en mitad de una reu-nión, y tampoco se pondrá en evidencia.

Hasta entonces Mary Michael no tenía ni idea de que Logan Marshall no estuviera solo; cegada por la humilla-ción, volvió la cabeza y vio que las tres butacas de piel que había en la esquina de detrás de la puerta estaban ocupa-das. Recibió una vaga impresión: alto, moreno y guapo —un adjetivo para cada uno de los hombres—, y luego, azorada por su error, se le quedó la mente en blanco. Al instante, sin dirigirse a nadie en particular, murmuró:

—Disculpe. —Y sin esperar a que su jefe le indicase nada, giró sobre sus talones y salió del despacho.

Ethan Stone incluso sintió algo de pena por ella. Marshall había sido duro, pero justo. Y aunque la respetó por encajar tan bien aquella crítica apenas disimulada, una mujer con un cabello como aquél, lleno de lápices y con un par de gafas... Era el símbolo de unos tiempos cambiantes que a él no le gustaban en absoluto. Durante todo el debate, más bien uni-lateral, había estado observando su espalda esbelta, su cin-tura estrecha y sus caderas de muchacho, sin encontrar nada que se ajustase a sus gustos. Al verla de pie, le resultó más alta de lo que esperaba, aunque seguía teniendo una estatu-ra media para una mujer; su porte era tan rígido como cuan-

do estaba sentada, con la columna tiesa y el cuerpo firme. Sólo cuando, al dar la vuelta para salir, vio la curva rotunda de sus senos, tensos y salientes sobre el cuaderno, pensó que quizá valdría la pena el tiempo que tardara en ir más allá del cierre de su almidonada blusa blanca.... Y tan pronto como la idea cruzó su mente, la desechó por ridícula.

El primero en romper el silencio que siguió a la partida de Mary Michael fue Carl Franklin, un hombre de maneras ásperas, una veintena de años mayor que los demás, y de rasgos angulosos. Representaba al accionista mayoritario de la compañía ferroviaria Northeast Rail Lines, que estaba considerando la posibilidad de expandirse hacia el oeste. Su cliente, sin duda, era uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, y Franklin expresó sin rodeos lo que tenía en la cabeza:

—No sabía que estuviera trabajando aquí. ¿En qué pensaba usted al contratarla?

Con la mente aún en las notas que había leído, Logan no contestó al instante. Al fin, dijo:

—En realidad, fue cosa de mi mujer.

Por su parte John Rivington era un empleado del gobierno; buscaba el modo de conseguir dinero del este para construir líneas férreas en el oeste. Acababa de salir de la universidad con un título de Derecho, aún estaba verde, y estaba impaciente por servir al recién nombrado secretario del Interior. Su pelo rojizo le caía sobre la frente, tenía una sonrisa grande y deslumbrante de puro blanca, y encantaba a las mujeres con su buena planta y sus maneras nada afectadas.

—Pues yo creo que está bien que una mujer sea secretaria.

Logan esbozó una débil sonrisa y con aire pensativo matizó:

—Estaría bien si eso es lo que deseara ser. Pero ya verán, caballeros: la señorita Dennehy será una de las mejo-

res reporteras de este periódico. Ella no es consciente de que yo ya lo sé.

Ethan Stone dejó su taza de café. Él era quien podía hacer realidad los sueños del cliente de Franklin y los de Rivington; quien, si aceptaba arriesgar la vida en sus descabellados planes, probablemente conseguiría también que Logan Marshall invirtiese capital. Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas, y con un asomo de humor en sus ojos dijo:

—¿Y si nos dedicamos al asunto que nos ocupa?